

Paisaje y batalla

EN POCOS INSTANTES LA CLARIDAD DE LA TARDE pasó a ser tiniebla nocturna, llameante y abrasadora, en contra de lo que cabía esperar. El estruendo de las motos reverberó en el valle y desgarró el aire del desierto. Los cuatro hombres habían recorrido cientos de kilómetros sin encontrar obstáculo, pero de frente había ahora un resplandor que les impedía avanzar un solo paso. Por lo inhóspito del terreno era imposible calcular con exactitud la distancia recorrida o la orientación, y así se lo dijo Quinn a los demás al pararse en seco.

–¿Y eso que brilla ahí delante...?

–Los espejismos del desierto.

–¿Un incendio en la arena?

–¡Tanto calor y tanta sed que hemos pasado!

Se bajaron de las motos y fueron hacia el obstáculo que se les acercaba en la oscuridad de la noche.

–Algo... algo imprevisto en el horizonte.

–¿Tan imprevisto como lo que ha ocurrido hoy?

–¿Qué pasa contigo? ¿No sabes que en este negocio que tenemos entre manos puede pasar de todo?

Entre los matorrales crecía por momentos una nebulosa de colores que emitía murmullos y silbidos. Y en contra de lo que cabía esperar, los cuatro hombres, lejos de huir,

se acercaron más y más porque el miedo que lograron desterrar hacía un par de días no había vuelto aún a hacerles suyos.

—No sabía que tendríamos que...

—¿Nadie te había dicho que a lo peor se derramaba un poco de sangre?

—Es que no me esperaba tantos...

Quinn sonrió para sí.

—¿Tantos dólares o tantos muertos?

—¡Déjale, Quinn, déjale!

En torno a la nebulosa emanaba un humo azul que lo diluía todo a su paso al desplazarse hacia ellos.

—¿Nos habrán seguido?

—¿Quién quiere seguirnos por un camino de polvo, sin agua ni hierba en mil kilómetros, por este maldito valle de la muerte?

—Yo... yo creí que todo iba a ser más... más fácil.

A aquella distancia comprobaron que los colores difusos adquirían formas y que el murmullo pasaba a ser una confusión de voces.

—O estás o no estás con nosotros, ¿entiendes? Si quieres, te doy tu parte y te largas.

—¿Yo solo? ¿En mitad de este desierto?

Quinn lo miró como si no lo conociera.

—Éste es sólo un desierto de otro desierto mayor...

Desde el otro lado les llegó entonces un estrépito ominoso de sumisión y desamparo,

y ya se definían los contornos de los habitantes del espectáculo: los emisarios de la devastación, los cuerpos tendidos, los desertores.

—¿Estamos desvariando?

—Pero si parece...

—¡Sí, una batalla!

Y ya estaban tan cerca que comprobaron que, en aquel conflicto envuelto en los vapores de la noche, los espectros se agrupaban en ejércitos feroces para rematar en una lucha encarnizada todo lo que tuvieran delante y asegurarse —hasta la destrucción de todo fragmento humano— de que no quedaba del contrincante nada que fuera reconocible, tan interminable era la lucha que los participantes desmembrados morían y volvían a morir como si en su destino estuviera sólo la muerte y no la vida, su hazaña consistía en matar y morir de manera cada vez más brutal y sanguinaria, y tampoco cesaba aquel vocerío aterrador que despertó de su temeridad a Quinn y a los otros, y les obligó a echarse las manos a los oídos, pero las manos volvían a los ojos, y se tapaban ojos primero, luego oídos, luego ojos, sin saber decidirse, sin saber si eran peores las imágenes o el eco, y pensaron entonces que la historia volvía a vivirse, habían regresado a la vida los soldados que en su día perecieron atrocemente en un episodio ignorado por historiadores y que no se hizo constar en ningún documento por razones inmisericordes, fueron mil o cien mil los muertos —se desconocerá siempre—, pero nadie quiso saber jamás quiénes fueron aquellos hombres y para qué se libraba la batalla y en nombre de qué causa mayor perdían la vida, y todo se redujo a una pregunta, aunque tampoco nadie la hizo, ni siquiera Quinn y sus secuaces, y que era —en todas sus variantes— la siguiente: ¿quiénes eran los luchadores que estaban eternamente dando muerte y a su vez eternamente pereciendo? Y al tocar los cuatro hombres la niebla de polvo y de clamores cuando ya la tenían muy cerca, se quebró como la porcelana y por

aquella grieta salieron varios combatientes, tan cubiertos de sangre que ni uniforme ni facciones eran ya identificables, y dijeron algo tan incomprensible que parecía pertenecer a todas las lenguas y a todos los bandos. Y empuñando la espada, esos habitantes de la visión fantasmagórica fueron hasta los cuatro hombres y acabaron con ellos allí mismo. Y al instante los cuatro, retorciéndose de terror y de padecimiento, sin saber ni la distancia recorrida ni la orientación, y en contra de lo que se esperaba, se pusieron de pie y se encaminaron hacia la nebulosa de colores.

Relato de “Zero Negative – Cero negativo” de Isabel del Río, publicado por Araña Editorial, 2012.

© Isabel del Rio 2018